

*"Az oldalsó, hogy fáj neked megjósolni a szavazás.
Micsoda találni olyan figyelemre méltó!
milyen áhitattal!, és milyen felfordulás!"*

Proverbio austro-húngaro

Siempre fue cuestión de un sí o un no. No dolía la dualidad. Dolía la incertidumbre. Sólo un voto. ¿Sí o no? ¿Rojo o negro? ¿Par o impar? ¿Silvana o la ausencia? Una espasmódica y alborotada incertidumbre binaria.

SILVANA O LA INCERTIDUMBRE EXTRA(or)BINARIA

Los recuerdos vienen y van y se mezclan en mi cabeza como lana enredada por un gato salvaje y loco, y en la neblina del recuerdo creo reconocer la voz de Silvana a lo lejos. Con lágrimas en los ojos la oigo susurrar desde un bar que tiene las verjas bajadas:

- ¿Alguna vez te has sentido solo?

- No estoy seguro. Creo que no.

- Yo sí.

Así era ella, impredecible y dolorosa. Porque ella dolía. Silvana dolía mucho. Justo el día en que la conocí por primera vez, ya me regaló altruistamente este dolor profundo y oscuro que todavía permanece, este dolor insondable y absolutamente desconocido hasta aquel momento, un dolor forastero, un dolor categórico. Un dolor más extenso que la suma de sus partes, más amplio que el desierto del Kalahari, más interminable incluso que diez Siberias juntas. Un dolor que tenía su epicentro sísmico en algún lugar recóndito de mi cuerpo y que partía de las mismísimas entrañas, desde donde se ramificaba exponencialmente como un torrente de angustia y suplicio por todo mi organismo para acabar alojado en la cabeza como una oscura migraña poderosa y atómica que, al igual que a un huésped incómodo, nadie había invitado a cenar. Eso era ella, un tormento afectuoso. Afable, pero tormento.

También tenía sus cosas buenas, todo hay que decirlo. Aunque realmente, nunca llegué a saber qué era exactamente lo que me atraía de ella. Sabía que me encantaba aquella falda a cuadros que llevaba el día que la conocí, la de colegiala inquieta. También me gustaban esas botas de niña traviesa que usaba cuando quería aparentar ingenuidad, o anhelo. Sus ojos, adoraba sus ojos, inmensos y tristes ojos oscuros, cristalinos como las gotas de lluvia que tímidamente tiemblan de los toldos después de un aguacero. También sus labios, cuando sonreía y dejaba entrever un precipicio fugaz por el que brotaban tempestades o jazmines. O esas piernas suaves, interminables, que se remontaban en cascada hacia su cintura, curva y sinuosa, como dos enredaderas enamoradas de un castillo sin princesa. Quizá fuera su voz, a la que tan sólo le bastaba un súbito “te quiero” para sentenciar de muerte a las margaritas.

Pero una chica no puede gustarte por partes, ni con la mirada tan fría.

Silvana solía vestir decimonónica, entendiendo el estilo decimonónico como una tendencia quizá algo más *vintage* que la variedad *malasañera* del *neohipsterismo* barroco, porque el *hipsterismo*, al igual que el bipartidismo, la crisis inmobiliaria o el repartidor de Bimbo, siempre suele ir por barrios. Aunque esa variopinta y excesiva sutileza en su *prêt-à-porter* particular no parecía afectar lo más mínimo a su más que comprobado éxito con el género masculino, que intuía, tras esos ropajes añejos, la libidinosa concupiscencia de unas enaguas de entretiempos. Siempre llevaba una libreta negra de Prada, donde solía escribir sus extrañas y estrambóticas reflexiones y que, en un primer momento, pensé que utilizaba como arma arrojada contra la timidez. Más tarde descubriría que tan sólo era un mero cobijo contra el reproche.

Recuerdo una noche hace mucho, mucho tiempo, en la que apuntó:

“El lado que te duele predecirá tu voto. ¡Qué hallazgo tan notable! ¡Qué pasmo y qué alboroto!”

Arrancó la hoja de la libreta y cuidadosamente me la metió en un bolsillo del pantalón. Tardé varios días en percatarme de ello y no le di la verdadera importancia que en realidad merecía. Habría de pasar mucho más tiempo para descubrir el auténtico y verdadero significado de aquellas palabras proféticas. Para descubrir un enigma que todavía sigue sin revelarse. Porque exactamente eso era ella, un perfecto enigma irresoluble y mágico, el sueño del más eminente de los criptógrafos, el anhelo de Turing, la envidia del ejército alemán. O Napoleónico.

Napoleón afirmó que la guerra contra las mujeres es la única que se gana huyendo. Este testimonio es curioso, ya que el emperador francés posiblemente haya sido el mayor estratega en la historia de la humanidad. Años más tarde, Napoleón se estrellaría de lleno contra la gélida y helada estepa rusa. Quizá debió aplicar a sus múltiples teorías bélicas la indolente variable del frío.

Fue un verano similar a este, donde las temperaturas no bajaron de 38 grados, cuando Silvana me explicó:

- En realidad hace bastante frío, pero con este calor no nos damos cuenta.
- Es posible- le contesté, sin darle mayor trascendencia.

Lo cierto es que tiempo después sí he pensado bastante sobre esa singular reflexión surgida de la irreverente mente de una aspirante a teócrata e ilustre fumadora de hachís. Y fue entonces cuando me surgió la gran duda: ¿Qué era más importante en realidad como concepto, el frío en sí mismo, o más bien la ausencia de calor? ¿Tendría algo que ver la primera persona del singular del presente de indicativo del verbo freír? ¿Por qué si cero grados aparentemente debería ser la neutralidad térmica entonces el agua se congela a esa temperatura? ¿Era el frío la ausencia de calor o el calor la ausencia de frío? Ni siquiera el ejército más poderoso del mundo con el mejor General al mando pudo responder a esas preguntas.

Ahora todo está al revés, y necesito un espejo delante de otro espejo para mirar en la dirección adecuada. Porque hay que pintar la verdad con todas las caras del recuerdo.

Retomemos entonces esa nebulosa espacio temporal y dejemos que la neblina de la memoria de nuevo nos embriague con aromas y licores del pasado y nos sitúe en ese mismo bar de verjas bajadas una noche cualquiera. Si, muy lentamente. Despacio. Creo que lejana, comienzo a oír de nuevo, seductora, a Silvana...

- No te enamores de mí. No lo hagas. Aunque en realidad yo ya no puedo hacer nada. Ni siquiera tú podrás hacer nada. Es tu elección y yo no puedo hacer nada, salvo doler.

Miro de nuevo a Silvana, que está sentada junto a mí. Quizá esté derramando alguna lágrima. Quizá haya llorado todo el día. Quizá siga llorando mucho tiempo. Quizá me lo contó alguna vez...

- ¿Hay placer sin dolor? Reímos hoy, quizá mañana no. Porque nos hemos entregado algo secreto. Quizá nos lo sigamos dando. Sabemos jugar y olvidar. Es importante. Porque yo sé perfectamente todo lo que no estás pensando. Y ya es demasiado tarde para arrepentirse. - me susurró al oído un instante antes de arrancar otra hoja de su cuaderno negro de Prada donde había escrito unas breves líneas. La dobló cuidadosamente dejando la marca del carmín de sus labios estampada en el papel, me miró a los ojos con una inusual ternura y la dejó suavemente encima de la barra, justo antes de caer dormida, de pura noche, sobre ella. Recuerdo perfectamente su cabeza recostada y su melena huidiza descansando sobre la madera barnizada de aquel bar con las verjas bajadas.

Afuera comienza a amanecer. Todo es una bruma azul y silenciosa. El despertador sonará en 10 minutos y nadie te abraza todavía.

Y ahora que estás tan callada, así dormida sobre la barra de este bar de verjas bajadas, déjame que te cuente... Déjame que me quede un ratito más. Déjame quedarme cinco minutos

más en esos inmensos y tristes ojos oscuros. Porque todo eso que quise y no pude contarte el día que tú me dijiste que te sentías sola y me dijiste tu nombre y yo te dije el mío, y me regalaste un dolor constante y profundo que no me ha abandonado desde entonces, un dolor que anida en algún recoveco secreto de mis entrañas, y que no consigo apaciguar con ningún analgésico (y créeme, los he probado todos), todo ello lo voy a utilizar para salvar esta noche. Porque tenemos que salvarnos así, Silvana. Olvidando lo que tenemos que olvidar. Justo lo que tenemos que olvidar.

Suena el despertador y nadie te ha abrazado esta noche.

En cuanto se quedó dormida sobre la barra, me apuré a desdoblar la nota tintada de carmín que me había entregado. Y comencé a leer. Eran tan sólo tres líneas negras sobre fondo blanco, que desde aquel instante quedaron prendidas en mí, flotando para siempre entre la turbia y ahumada atmósfera de aquel bar de verjas bajadas como una escala musical suspendida en el pentagrama de un adivino ciego. Eran tres líneas, tres:

“Deberías hacerte mirar tu lado izquierdo, bobo.”

En ese mismo instante, sentí un vuelco en el estómago y de repente lo comprendí todo. El dolor, mi voto secreto, mi elección, mi condena... Una elección que ella ya intuyó desde aquel primer día en el que yo le dije mi nombre y ella me dijo el suyo. En aquel preciso momento lo vi todo majestuosamente claro. Instintivamente, aterrado y sin pensar, empecé a desabrocharme la camisa y, efectivamente, allí estaba, (siempre había estado), la contusión y la hemorragia de una herida que aún sangraba, junto a los pedazos de una flecha rota, helada y dolorosa, atravesada en medio del corazón.

“PD: El amor termina donde empieza el cariño.

Con cariño, Silvana”